

EL ACTO

Jorge Reitter

Estaba tratando de darle forma a este trabajo cuando un paciente, un abogado muy inteligente y muy neurótico me decía en la cuarta entrevista que muchas cosas de las que fueron planteándose él ya en algún momento las había pensado, pero que el tema era cómo cambiarlas, que eso lo había desilusionado en los intentos terapéuticos que había hecho y que por eso había intentado por otras vías, médicos chinos, esoterismo. Intentos que a juzgar por lo que decía tampoco habían tenido gran efecto.

Me decía que tenía ganas de encontrar cosas que lo alejaran de la palabra por la palabra misma. Yo le dije que sí, que hablar era muy importante pero en la medida en que la palabra llevara al acto y no fuera un recurso para evitarlo. Lo que no le señalé, porque no es tiempo, es la trampa que se hace al querer buscar su propio acto por la vía del encuentro con un maestro, cuando la posibilidad de su acto va por la vía exactamente contraria.

Y no es que este paciente no haga nada, todo lo contrario, está todo el tiempo ocupado. Ocupa un alto cargo en una corporación muy poderosa, se capacita permanentemente, y los fines de semana... se aburre. Y a pesar de tanta actividad, toda su vida es un gran sistema defensivo contra el acto. Bueno, como la vida de cualquier neurótico, es decir, del hombre normal. En él esto es muy transparente, como en general es transparente en el neurótico obsesivo, que tiene esos dos recursos poderosísimos contra el acto, la postergación y la duda.

“No me gusta la carrera de abogacía, dice, pero tuve diploma de honor. Vista desde afuera mi carrera me parece buena, de adentro me parece una cagada”. Como tanta gente, por más exitoso que sea en su carrera, nunca la eligió. Claro, elegirla hubiese sido un acto, pero él en lugar de elegir su carrera, o de elegir abogacía como su carrera, eligió la carrera de su padre. Pero en esa frase, *eligió la carrera de su padre*, el verbo elegir significa todo lo contrario, significa que eligió no elegir. El padre es abogado en una pequeña ciudad del interior, y a él todo el tiempo le sobrevuela la idea de volver allí para hacerse cargo del estudio de su padre. ¿El desea hacerse cargo del estudio de su padre? Nada de eso, es como algo que no se interroga, como un mandato que no se sabe muy bien de donde viene, porque ni siquiera se lo adjudica al padre. Con una captación

muy fina él logra situar su fuente en lo que lee en lo entredicho por el padre. Además, como dice, “*en L. hay muchas decisiones que no se toman, que ya están tomadas*”.

En su época de estudiante universitario se acercó al teatro, a la poesía, a la filosofía, a todo lo que constituye lo que llama *mi parte oscura*. En un momento en que surgió algo de su relación con el teatro dice: “*tengo miedo a engancharme con el teatro, lo creativo, y desengancharme de lo formal, lo productivo, no cumplir con una imagen*”. Como sucede generalmente, aquí uno podría sustituir miedo por deseo, deseo de un goce amenazante para el yo. Y ese goce implicaría necesariamente un acto, el que aparece metaforizado como desenganche. Con una percepción muy acertada de lo que está en juego sitúa que ese desenganche implica *no cumplir con una imagen*, lo que alude a la vez a la caída de una identificación y a la del Otro imaginariamente completo. Continúa: “*tengo miedo a perder una libertad, pero es una libertad virtual, una libertad de la que nunca disfruto*”.

En una actividad de la empresa uno de los *coachs*, ligado a algunas ideas esotéricas, y que parece haber captado bien su posición subjetiva, le dice cosas que lo sensibilizan mucho, como que había hecho una buena carrera pero que no era para él. El piensa: “*tengo que llegar, renunciar al trabajo y separarme de mi mujer*”, frase que a la vez apunta a su acto (el acto supone siempre un corte, una pérdida, una separación, la castración) y con un recurso tan de la neurosis lo anula, porque lo convierte en un deber, es porque el maestro se lo dijo, es mandato, *tengo que* y no *quiero*.

Y esto nos lleva a otro punto, el acto no es anónimo, supone necesariamente la puesta en juego del nombre. Al acto, por decir así, se le pone la firma. El *tengo que* es anónimo, emana de una fuente impersonal. *Quiero* supone que me haga cargo de mi acto. El neurótico obsesivo es muchas veces como un soldado atareadísimo cumpliendo las órdenes de su general: hace muchísimo, pero ninguno de sus actos es suyo, todos emanan de la voluntad del general. Y por supuesto, si no hay general se lo inventa. General, maestro, chaman, psicoanalista. Pensándolo bien la neurosis obsesiva es como una gran parodia del acto, es un gran hagamos de cuenta que hay acto, y esto debe tener, como el síntoma, una doble cara, defensa contra el acto y recordatorio de ese acto que permanentemente pulsa por llegar a realizarse. Curiosamente lo primero que dijo este paciente cuando le pregunté qué lo traía fue que lo agobiaba un exceso de responsabilidad. Cierto y falso. Se llena de responsabilidades para evitar la responsabilidad que cuenta, la que tiene con su propia vida. “*Hago cosas como si no tuvieran consecuencias y como si el tiempo no pasara*”

El lo capta muy bien, las corporaciones hacen que nadie finalmente sea responsable de nada, por eso si bien se la pasa fantaseando con emprendimientos independientes, y averigua, y se informa, y se reúne, finalmente nunca llega a nada. El acto supone quedarse sin la corporación, sin el general, el maestro, o cualquier forma de garantía que permita el anonimato neurótico. Es por ello que el tema del acto es central en el análisis: el analista será otra encarnación del Otro garante que es necesario perder para alcanzar y sostener el propio acto, así podríamos leer la resolución de lo que Freud llamaba neurosis de transferencia. Cuantas veces los analizantes preguntan cuándo le vamos a dar el alta; recuerdo uno que tenía la fantasía de que yo le iba a dar un diploma, algo así como un título de normalidad. Doble escamoteo, de su singularidad bajo la normalidad y de su acto bajo la aprobación del Otro. Sólo puedo entender el final de un análisis como un acto del analizante, y cualquier intento del analista de dar un alta como una maniobra para evitar su propia destitución del lugar de garante. No entorpecerle al analizante el recorrido que culmina en la disolución de la transferencia supone que el analista, por así decirlo, haya elaborado suficientemente su complejo de castración, única forma de ir más allá de esos análisis en los que cada vez hay más explicaciones para todo y todo sigue igual.

Recuerdo un paciente que había hecho un análisis de varias veces por semana durante muchos años y su neurosis seguía intacta. Alguien que también evitaba cualquier aproximación a un acto. En una oportunidad me contó que su ex analista tenía un afiche en el consultorio que decía que cuando el discípulo está listo encuentra a su maestro. Me estremeció. Creo que si algo de ese orden hubiese de ilustrar la posición del analista la frase más bien tendría que ser que cuando el discípulo está listo deja a su maestro.

Mi paciente tiene razón cuando dice que quiere ir más allá de la palabra por la palabra misma, pero al mismo tiempo se hace trampa, porque aún está muy lejos de querer pagar el precio de lo que quiere. La larga desilusión que es un análisis tal vez le permita llegar a ese punto, pero como muy bien lo decía Freud, el analista puede acompañar al analizante hasta cierto límite, más allá del cual, está solo.

Otra paciente, en su primera entrevista cuenta que, a pesar de haber sido muy buena estudiante durante el secundario, estuvo cinco años intentando entrar en la facultad de Medicina hasta que finalmente lo logró. *“Cuando entré no me fue bien, me sentía ajena a la gente, opinaba diferente, no pertenecía. A mitad de año empecé a estudiar pintura, después me fui de viaje a Europa sola. Al volver del viaje me cambié a Artes. Me pude*

valer por mi misma. No entiendo de dónde viene el enganche con Medicina, entro en un hospital y me desmayo. En Medicina sólo me gustaba Salud Mental, lo que todos odian. Si escuchaba gente que estudiaba Bellas Artes me daba envidia, pero yo tenía que ser médica. Cuando cambié de carrera mi papá se enojó. Después me dijo que siempre quiso una hija médica”.

Evidentemente el acto de esta paciente es el cambio de carrera. ¿Qué elementos tendríamos para hablar de un acto? En primer lugar yo tendría en cuenta todo el tiempo que le lleva llegar al mismo, ya que al acto no se suele llegar sin muchas vacilaciones, postergaciones. Por ello cuando alguien se lanza impulsivamente a actos de cierto riesgo tenemos la impresión de estar frente a *actings* y no frente a actos. Si le llevó cinco años decidirse, correrse del “yo tenía que ser médica”, del imperativo superyoico, es que algo importante, algo angustiante se jugaba en aquel acto. No hay acto que no suponga riesgo.

En segundo lugar aparece otra dimensión que es inherente al acto, la de la soledad. Ella ya lo indica en esta primera entrevista al hablar del viaje a Europa en el cual decide el cambio de carrera, señalando que fue sola. El acto, por ser intransferible, supone la soledad: nadie lo puede hacer por uno. En otra sesión, refiriéndose nuevamente a su viaje a Europa, decía: “*cuando me alejo hago lo que quiero, soy otra, decido. En Italia decidí cambiar de carrera*”. ¿Cuando se aleja de qué, podríamos preguntarnos? ¿Qué representa ese alejamiento geográfico?

La respuesta no es difícil de leer en la primera sesión: cuando se aleja del deseo paterno, del padre que *siempre quiso una hija médica*. Y esto nos abre a un tercer punto, el más esencial, de lo que constituye a lo que hizo en un acto: el acto supone la castración del Otro, y correlativamente, supone la caída del lugar fálico al cual el yo se identificaba. Hay texto que se fue desplegando a lo largo del análisis que permite ampliar mucho más lo que ya estaba indicado desde el principio. El padre siempre tiene alguna enfermedad y se ha sometido a muchas operaciones. “*Mi papá tiene un placard lleno de medicamentos. Antes de irme de la casa de mis padres yo me la pasaba en el médico, todo control, demostrando que estaba todo perfecto. Una vez mientras estudiaba medicina, le dije a mi papá: quedate tranquilo papá, cuando me reciba te voy a curar yo*”. Evidentemente es ella la que se tranquilizaba sosteniendo, curando al padre, exactamente el movimiento inverso al del acto, que es privarlo al padre de la hija médica y privarse ella de sostenerse como la que lo completa.

El momento del cambio de carrera es el único en su vida en el que vence la inhibición que tiene a contestar preguntas en situaciones de examen. *“No tenía el apoyo de mi papá, él no me hablaba. Hice todo sola, me sentía adulta”*, dice evocando el período de su vida en que se sintió más libre. Con el tiempo se le va pasando el enojo al padre y vuelve a darle su apoyo. Su entusiasmo y su avance en la carrera empiezan a frenarse cada vez más. Ya cuando empezó el análisis estaba sin ganas de dar parciales, desconectada, dejando muchos finales colgados. *“La carrera me está pesando tanto como medicina, estoy quejosa, desganada”*. No se permite ir al cine, que le encanta, porque tiene que estudiar, pero tampoco estudia. Siente que la carrera tiene que ser lo único a lo que tiene que dedicarse, y en esto pesa mucho el sentimiento de culpa porque el padre la mantiene. *“En mi casa piensan que cuando te recibís, ya está, como cuando mi abuela dice ‘ya casé a mis hijas’”*. En otra sesión le pregunto qué cree ella que el padre espera de ella, y lo único que asocia es *que me reciba*, aún siendo que el padre, hasta el día de hoy, no entiende para qué estudia Artes.

El mandato superyoico que antes pesaba sobre Medicina, el *tengo que ser médica*, ahora parece desplazarse a un *tengo que recibirme*. Hay momentos en los que se siente mucho más liberada, en los que siente que la facultad no tiene que ocupar todo en su vida, pero al tiempo la culpa y la exigencia vuelven, y con ella el desinterés, la pérdida del deseo. La propia experiencia y la clínica enseñan de lo difícil de producir un acto, y de lo aún más difícil de sostenerlo, de no asustarse con el propio acto y entonces retroceder.

Empezó a trabajar con mucho entusiasmo con una artista plástica, que un día le pregunta por qué no estudió Bellas Artes (en lugar de Historia del Arte, que su carrera). *“Me di cuenta que no me hubiese animado a hacer algo no universitario, hubiese sido un escándalo para mis viejos. Cuando mi hermana mayor quiso hacer Bellas Artes mis padres le dijeron: ‘no hicimos todo esto para que hagan Bellas Artes’*. Esto tiene su determinación en la historia de los padres. La madre se avergüenza de no tener un título secundario. El padre tuvo que cursar el secundario a escondidas porque su padre no lo dejaba estudiar. Siempre le dice a sus hijas: *“no hagan como yo que fui un gil y no seguí estudiando”*.

Ella siente transgresivo el mero hecho de mencionar que podría desear otro acercamiento al arte que el universitario, manifestándose incluso incapaz de siquiera insinuar algo de esto fuera del análisis. Su decir en la sesión cobra de este modo un valor de acto. Insiste en que *“esto queda acá”*, y agrega: *“sé que el título universitario se lo debo a mi viejo, eso pesa”*. En otra sesión reaparece esta dimensión transgresiva

de cierta relación con el arte cuando al hablar de lo bien que dibujaba de chica se la pasa disculpándose, o cuando dice que ante un artista (no ante un profesor de artes) se siente absolutamente inhibida de hablar. El acto que sin duda fue su cambio de carrera se traba en el *impasse* de su propio límite, de no llevarlo hasta sus últimas consecuencias, es decir, de no llevar a sus últimas consecuencias la castración del Otro. Vemos como la deuda con el Otro que antes quería pagar estudiando medicina ahora se refinancia, digamos, tratando de pagarla con un título universitario. El análisis, si alcanza su meta, llevará a la cancelación de esa deuda, pagando el precio de la castración del Otro y el correlativo desamparo del sujeto que lo habilita en relación a sus propios actos (el *autorizarse a sí mismo*)

Vuelvo a la primera entrevista: es extraño que ella diga que no sabe cuál es su enganche con Medicina si en la misma entrevista está diciendo que el padre quería la hija médica. Especialmente extraño si les digo que ella venía de una terapia de varios años. ¿Cómo es posible entonces que desconociera determinaciones tan evidentes de su subjetividad? Dejemos que lo que la paciente misma dice les responda: *“En terapia sentía que no podía salir del tema de la facultad. No quería sentirme dando explicaciones, que me iba bien con los estudios. Yo quería hablar de otras cosas y ella (su terapeuta) volvía sobre la facultad. Cuando quise cambiar de carrera me callé y lo hice”*.

Cada uno está solo con su acto, pero desde el lugar del analista al menos se puede no entorpecerlo, como aparentemente sucedió en esa terapia. Me da la impresión que la terapeuta lejos de ayudarla a sustraerse de la demanda paterna la duplicaba, seguramente desde alguna idea acerca del bien de ella. Y el acto necesariamente cuestiona cualquier idea del bien, de la conveniencia. Si muchas veces tomar la palabra es un acto, en este caso callarse tuvo esa dimensión, callarse y actuar más en conformidad con su propio deseo.